

— B1-B2 —

Джулс Хониг

*Las cosas
que dejamos
pendientes*

UNA HISTORIA DE AMOR
Y SEGUNDAS OPORTUNIDADES

*Algunos
finales
son solo
el inicio*

Джулс Хониг

Las cosas que dejamos pendientes

<https://litres.ru/74366914>

SelfPub; 2026

Аннотация

Кэсси возвращается в Саламанку после года в Мадриде.

Со стороны кажется, что последний год её жизни был прекрасным: хорошая работа, красивые фотографии, отношения, большой город. На самом деле работа оказалась не той, о которой она мечтала, отношения закончились, а сама Кэсси постепенно поняла, что строит жизнь, которая хорошо выглядит со стороны, но совершенно ей не подходит.

Теперь у неё новая магистратура, небольшая съёмная квартира и довольно простой план: начать сначала.

Только прошлое живёт буквально этажом ниже. В маленьком кафе под её квартирой несколько вечеров в неделю работает Матео.

Кто это и что их связывает? Узнаете, прочитав историю на испанском B1-B2.

Содержание

Глава	7
Capítulo 1. Volver	8
Una nueva casa	11
Café Libertad	14
Cuatro años	16
Lo que uno recuerda	19
Arriba	22
Ejercicios de vocabulario	24
1. Completa las frases	24
2. Relaciona	25
3. Elige la opción correcta	26
4. Sustituye la expresión	27
5. Preguntas personales	28
Respuestas	29
Ejercicio 1	29
Ejercicio 2	30
Ejercicio 3	31
Ejercicio 4	32
Ejercicio 5	33
Capítulo 2. Como si nada hubiera pasado	34
El segundo café	38
Ponerse al día	42
Lo de siempre	46

Ejercicios de vocabulario	49
1. Completa las frases	49
2. Relaciona las expresiones con su significado	50
3. Elige la opción correcta	51
4. Reescribe usando el vocabulario	52
5. Responde con tus propias ideas	53
Respuestas	54
Ejercicio 1	54
Ejercicio 2	55
Ejercicio 3	56
Ejercicio 4	57
Ejercicio 5	58
Capítulo 3. La ciudad que recuerda	59
Una mañana dorada	60
Lugares que no olvidan	62
Una coincidencia	64
Lo que permanece	68
El mensaje	70
Ejercicios de vocabulario	73
1. Completa las frases	73
2. Relaciona	74
3. Verdadero o falso	75
4. Explica con tus propias palabras	76
5. Usa el vocabulario	77
Respuestas	78
Ejercicio 1	78

Ejercicio 2	79
Ejercicio 3	80
Ejercicio 4	81
Ejercicio 5	82
Capítulo 4. Un café, nada más	83
Una invitación sencilla	84
No es una cita	86
Una mesa junto a la ventana	89
Lo que pasó después	92
Bajo las luces de octubre	96
Ejercicios de vocabulario	100
1. Completa las frases	100
2. Relaciona	101
3. Verdadero o falso	102
4. Elige la opción correcta	103
5. Responde con tus propias ideas	104
Respuestas	105
Ejercicio 1	105
Ejercicio 2	106
Ejercicio 3	107
Ejercicio 4	108
Ejercicio 5	109
Capítulo 5. La vida que no conoces	110
Un sábado de octubre	111
Una invitación inesperada	113
La mesa del fondo	115

Irene 117

Конец ознакомительного фрагмента. 119

Las cosas que dejamos pendientes

Глава

LAS COSAS QUE DEJAMOS PENDIENTES

Jules Honing

Español B1-B2

Все изображения сгенерированы платными ИИ и принадлежат автору.

Capítulo 1. Volver



Cuando Cassie baja del tren, Salamanca huele a lluvia. No es una frase especialmente romántica. También huele un poco a

café de máquina, a metal mojado y al perfume demasiado dulce de la mujer que camina delante de ella. Sin embargo, al salir de la estación y sentir el aire frío en la cara, Cassie reconoce algo que había olvidado durante su año en Madrid: aquí el otoño parece llegar de verdad.

Son poco más de las seis de la tarde, pero el cielo ya empieza a oscurecer. Las nubes cubren casi toda la ciudad y las hojas mojadas se pegan a las aceras. Cassie se sube la cremallera de la chaqueta y mira las dos maletas que tiene a sus pies. Ha cometido un error: uno de veintitrés kilos en la maleta grande y otro de casi dieciocho en la pequeña. Cuando preparaba sus cosas en Madrid, estaba convencida de que necesitaba seis pares de zapatos. Ahora empieza a pensar que una persona capaz de empezar una nueva vida con dos pares tiene una inteligencia superior. Saca el móvil del bolsillo. Su madre ya le ha escrito tres veces.

Mamá: ¿Has llegado?

Mamá: Cassie.

Mamá: No me gusta que no contestes.

Cassie sonríe y escribe:

Cassie: Acabo de bajar del tren. Estoy viva.

La respuesta llega inmediatamente.

Mamá: Foto.

Cassie: ¿De qué?

Mamá: Tuya. Para comprobar que estás viva.

Cassie levanta los ojos al cielo. A sus veintitrés años, tiene una carrera universitaria, ha vivido sola en Madrid durante un año y

sabe hacer la declaración de la renta. Ninguno de estos datos ha convencido a su madre de que puede sobrevivir sin supervisión. Se hace una foto horrible delante de la estación y la envía.

Mamá: Pareces cansada.

Cassie: Gracias.

Guarda el móvil antes de recibir otra observación sobre su aspecto y pide un taxi. Durante el trayecto hasta el centro mira la ciudad a través de la ventana. Al principio intenta distraerse con el teléfono, pero termina guardándolo otra vez. Hay demasiadas cosas conocidas fuera: una farmacia en la esquina, una pequeña tienda donde compraba cuadernos, la parada de autobús que siempre estaba llena por las mañanas y una calle por la que había caminado cientos de veces. Todo parece más pequeño de lo que recuerda. O quizá ella ha cambiado.

El taxi gira y Cassie ve las torres de la catedral a lo lejos. Bajo el cielo gris, la piedra tiene un color cálido, casi dorado. Por primera vez desde que salió de Madrid, siente algo parecido a la tranquilidad. Había echado de menos esta ciudad, mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Una nueva casa

El edificio donde va a vivir está en una calle estrecha del centro. Tiene cuatro plantas, balcones pequeños y una puerta de madera que parece pesar más que las dos maletas juntas. La propietaria, Carmen, la espera delante. Tiene unos sesenta años, el pelo corto y unas gafas rojas.

-Cassie, ¿verdad?

-Sí. Encantada.

-Llegas justo a tiempo. Cinco minutos más y me voy.

Cassie mira el reloj.

-Son las siete menos diez.

-Por eso. Yo ceno temprano.

Cassie decide que le gusta. Carmen le entrega las llaves y suben al tercer piso. La escalera es estrecha y no hay ascensor. Después del segundo tramo, Cassie empieza a odiar personalmente cada uno de sus seis pares de zapatos.

-¿Quieres ayuda? -pregunta Carmen.

-No, no. Puedo sola.

-Perfecto.

Y continúa subiendo sin mirar atrás. Cassie casi se ríe. La nueva casa es pequeña, pero tiene mucha luz. Hay un dormitorio, un salón con una mesa junto a la ventana, una cocina diminuta y un baño donde probablemente no caben dos personas al mismo tiempo. No importa. Le gusta. Las paredes son blancas, el suelo

es de madera y desde la ventana del salón puede ver los tejados de los edificios de enfrente. En una esquina hay una estantería vacía. Cassie ya sabe dónde van a ir sus libros.

-Aquí tienes la calefacción -explica Carmen-. Y aquí el agua caliente. La basura se saca por la noche. Los vecinos del segundo tienen un bebé.

-De acuerdo.

-El bebé llora.

Cassie espera.

-Mucho.

-Ah.

-Y el chico del cuarto toca la guitarra.

-¿Bien?

Carmen la mira por encima de las gafas.

-No.

Cassie se ríe. Después de explicarle otras cinco cosas que probablemente olvidará en diez minutos, Carmen se dirige hacia la puerta.

-Ah, una cosa más. Abajo hay una cafetería. Es de la familia Ruiz. Son buena gente.

Cassie deja de abrir una caja.

-Ruiz.

-Sí. Café Libertad. ¿Lo conoces?

Durante un segundo, piensa en decir que no.

-No estoy segura.

Carmen se encoge de hombros.

-Tienen buen café. Eso es lo importante.

Cuando la puerta se cierra, Cassie se queda inmóvil en medio del salón. Ruiz es un apellido común. Muy común. España está llena de personas que se llaman Ruiz. No significa nada.

Se acerca a la ventana. Desde allí no puede ver la entrada del local porque está justo debajo, pero sí una parte del toldo oscuro. En una esquina se distinguen dos palabras escritas en letras claras: CAFÉ LIBERTAD. Cassie cierra los ojos.

-Claro -murmura-. Perfecto.

De todos los pisos disponibles en Salamanca, ha alquilado uno encima del café de la familia de Mateo Ruiz.

Café Libertad

Durante la siguiente hora, Cassie intenta convencerse de que aquello no tiene ninguna importancia. Primero abre las maletas. Después coloca la ropa en el armario. Luego cambia tres veces de sitio una lámpara que no necesita cambiar de sitio. No piensa en Mateo. Coloca los libros. No piensa en Mateo. Encuentra una camiseta vieja de la universidad. Definitivamente no piensa en Mateo.

A las ocho y media tiene hambre. Abre la nevera. Está vacía, naturalmente. Podría pedir comida. También podría buscar un supermercado. Incluso podría cenar unas galletas que lleva en el bolso desde el viaje. Cualquiera de esas opciones sería más razonable que bajar a Café Libertad. Cinco minutos después, está poniéndose el abrigo.

-No significa nada -se dice mientras busca las llaves.

Inmediatamente se siente ridícula. Si realmente no significara nada, no necesitaría decírselo en voz alta. Sale del edificio y da unos pasos hacia la cafetería. El local es distinto de como lo recuerda. Antes tenía unas mesas de madera oscura y unas lámparas demasiado grandes. Ahora las paredes son de color crema, hay plantas junto a las ventanas y pequeñas luces amarillas sobre la barra. El lugar parece más moderno, pero todavía conserva algo familiar.

Cassie mira a través del cristal. Hay unas diez personas

dentro. Una pareja habla junto a la ventana. Dos chicas estudian con varios libros abiertos. Un hombre mayor lee el periódico mientras bebe algo de una taza pequeña. No ve a Mateo.

Por supuesto que no. Han pasado cuatro años. Quizá ya ni siquiera vive aquí. Quizá Carmen conoce a sus padres. Quizá él está trabajando en Barcelona, Lisboa o Nueva York. La idea debería tranquilizarla. En cambio, siente una pequeña decepción que prefiere ignorar.

Entra. Una campanilla suena sobre la puerta. El olor a café recién hecho y canela le recuerda inmediatamente las tardes de su primer año en la universidad. Cassie se quita la bufanda y se acerca a la barra. Una chica rubia está preparando dos cafés.

-Un momento, por favor.

-Claro.

Cassie estudia el menú de la pared. No necesita hacerlo. Siempre pide lo mismo: café con leche, sin azúcar. Hay costumbres que sobreviven a casi todo. La camarera deja las tazas sobre una bandeja.

-Mateo, ¿puedes atender?

Cassie se queda de piedra. No tiene tiempo de decidir si quiere marcharse. Una puerta detrás de la barra se abre. Y aparece él.

Cuatro años

Mateo lleva una camisa negra con las mangas dobladas hasta los codos. Tiene el pelo más corto que antes y algo de barba. Cassie tarda apenas un segundo en reconocerlo y, al mismo tiempo, tiene la extraña sensación de estar mirando a alguien nuevo. Él está secándose las manos con un paño cuando levanta la vista. Se detiene. Ninguno de los dos habla.

Cassie había imaginado muchas veces la posibilidad de reencontrarse con él. En algunas versiones ella estaba increíblemente guapa. En otras tenía una carrera fantástica y una vida tan interesante que Mateo lamentaba inmediatamente haber perdido el contacto. En ninguna de esas fantasías llevaba un jersey viejo, el pelo húmedo por la lluvia y una marca roja en la mano después de cargar dos maletas por tres pisos. Mateo deja el paño sobre la barra.

-Hola, Cassie.

Eso es todo. Cuatro años y él dice simplemente hola.

-Hola, Mateo.

Él la observa un momento.

-Pensaba que seguías en Madrid.

Cassie suelta una pequeña risa.

-Yo también.

Mateo frunce el ceño.

-¿Tú también pensabas que seguías en Madrid?

-No. Bueno... Sí. Hasta hace dos semanas.

Él sonríe. Y ahí está. La misma sonrisa. Cassie había olvidado muchas cosas de aquellos años, pero no esa.

-Entonces has vuelto.

-Parece que sí.

-¿De visita?

-No. Empiezo un máster.

Mateo asiente despacio.

-¿Aquí?

-No, Mateo. En Sevilla. Me gusta viajar cuatro horas todos los días.

Él se ríe.

-Bien. Sigues siendo desagradable.

-Y tú sigues haciendo preguntas inteligentes.

Por unos segundos resulta demasiado fácil. Eso es lo peor. No hay cuatro años entre ellos. No hay mensajes que dejaron de enviar, cumpleaños que ya no felicitaron ni vidas que siguieron por separado. Solo están Cassie y Mateo discutiendo por una tontería delante de una cafetera. Entonces la chica rubia pasa junto a ellos.

-Mateo, la mesa seis.

-Sí, ya voy.

Él parece recordar dónde está.

-Perdona. ¿Qué quieres tomar?

Cassie mira el menú otra vez.

-Un café con leche.

Mateo ya está cogiendo una taza.

-Sin azúcar.

Ella levanta la mirada.

-Sí.

-Lo recuerdo.

Tres palabras. No deberían significar nada. Sin embargo, Cassie tarda un poco demasiado en responder.

Lo que uno recuerda

Se sienta junto a la ventana con el café entre las manos. Podría llevárselo a casa. No lo hace. Desde su mesa ve a Mateo trabajar. Habla con clientes, recoge vasos y prepara cafés. Se mueve con la seguridad de alguien que ha hecho lo mismo cientos de veces. Cassie intenta no mirarlo demasiado. Fracasa. Cuatro años.

Cuando se conocieron, ambos tenían diecinueve. Mateo estudiaba Arquitectura y ella acababa de empezar una carrera que entonces estaba segura de que iba a cambiarle la vida. Ahora él parece mayor. Claro que parece mayor, piensa. Tú también eres mayor. Pero no es solo eso. Hay algo diferente en su forma de moverse, en cómo habla con los clientes y en la tranquilidad con la que resuelve varias cosas a la vez. Cassie se pregunta cuántas versiones de Mateo se ha perdido. La pregunta le molesta, así que bebe café. Está muy bueno. Eso también le molesta. Cuando termina, abre el bolso para buscar dinero, pero Mateo aparece junto a la mesa.

-Invita la casa.

-No.

-Sí.

-Mateo.

-Cassie.

Ella lo mira. Él mantiene una expresión completamente seria.

-¿Vas a discutir conmigo por un café de dos euros?

-Sí.

-Lo había olvidado.

-¿Qué?

-Lo fácil que es discutir contigo.

Cassie cruza los brazos.

-Pues no parece que hayas olvidado muchas cosas.

La frase sale antes de que pueda detenerla. La sonrisa de Mateo desaparece un poco. Por primera vez desde que entró, el pasado vuelve a sentarse entre ellos. Cassie aparta la mirada.

-Bueno... Gracias por el café.

-De nada.

Se pone el abrigo. Mateo da un paso atrás para dejarla pasar.

-¿Dónde te has instalado?

Cassie señala hacia arriba.

-Ahí.

Mateo mira el techo.

-¿Arriba?

-Tercer piso.

Él vuelve a mirarla.

-Estás de broma.

-Ojalá.

Esta vez los dos se ríen. Cassie se coloca la bufanda.

-Buenas noches, Mateo.

-Buenas noches, Cassie.

Abre la puerta.

-Cassie.

Ella se vuelve. Mateo sigue junto a la mesa.

-¿Has vuelto para quedarte?

La pregunta parece sencilla. No lo es. Cassie piensa en Madrid. En su antigua oficina. En el piso que dejó. En la relación que terminó. En las cajas que todavía están cerradas arriba. Piensa también en la última vez que vio a Mateo cuatro años atrás.

-No lo sé -responde.

Él asiente. No pregunta nada más.

Arriba

En su apartamento, Cassie deja las llaves sobre la mesa y se quita el abrigo. No enciende la luz inmediatamente. Desde la ventana ve las hojas moverse bajo las farolas y a varias personas caminar con paraguas. La lluvia vuelve a caer, suave pero constante. Su móvil vibra.

Mamá: ¿Qué tal el piso?

Cassie responde:

Cassie: Pequeño. Bonito. Me gusta.

Piensa un momento y añade:

Cassie: Hay una cafetería abajo.

Mamá: Perfecto. No sabes cocinar.

Cassie pone los ojos en blanco. No menciona a Mateo. Todavía no. Deja el teléfono y vuelve a las cajas. Necesita encontrar las sábanas antes de estar demasiado cansada. Abre una: platos. Otra: libros. La tercera contiene cosas que había guardado de prisa durante la mudanza: cuadernos antiguos, fotografías, entradas de conciertos y una bufanda que creía perdida. En el fondo encuentra una caja pequeña. La reconoce inmediatamente. No quiere abrirla. La abre.

Dentro hay recuerdos de sus primeros años en Salamanca: una entrada de cine, una pulsera y una servilleta con un dibujo horrible de un gato. Cassie sonríe. Mateo lo había dibujado durante una clase aburrida y había insistido durante veinte

minutos en que era perfectamente evidente que se trataba de un gato. Debajo encuentra varias fotografías. No las mira. Todavía no. Cierra la caja y la coloca en la parte más alta de la estantería.

Mañana empieza el máster. Tiene que comprar comida, terminar de instalarse y aprender otra vez a vivir en esta ciudad. Tiene demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo pensando en un chico al que no veía desde hacía cuatro años. Un chico que todavía recuerda cómo toma el café.

Cassie apaga la luz. Desde la calle llega el sonido de una puerta que se cierra y, poco después, unas voces. Se acerca a la ventana sin pensar. Abajo, Mateo está cerrando la cafetería. Cassie se aparta antes de que pueda mirar hacia arriba. Después se ríe de sí misma.

-Pues empezamos bien.

Ejercicios de vocabulario

1. Completa las frases

1. Después de vivir cinco años en Madrid, Cassie decide _____ a Salamanca.
2. Necesita varios días para _____ en su nuevo apartamento.
3. Cassie se _____ cuando ve a Mateo detrás de la barra.
4. Aunque no quiere admitirlo, ha _____ Salamanca durante su año en Madrid.
5. Cassie intenta _____ que la presencia de Mateo no le afecta.
6. Los dos tienen una conversación _____ porque hace años que no se ven.
7. Después de cuatro años, Cassie y Mateo vuelven a _____.
8. Cassie todavía tiene algunas cosas _____ con su pasado.
9. Necesitará tiempo para _____ su nueva rutina.
10. Cassie quiere _____ y construir una vida diferente.

2. Relaciona

1. quedarse de piedra a. parecer algo a otra persona
2. echar de menos b. tener algo todavía sin resolver
3. sentirse fuera de lugar c. sorprenderse muchísimo
4. tener algo pendiente d. sacar y organizar las cosas después de un viaje
5. dar la impresión de e. desear volver a ver a una persona o un lugar
6. deshacer las maletas f. sentir que no perteneces a una situación o lugar

3. Elige la opción correcta

1. Cassie vuelve a Salamanca porque: a) quiere visitar a Mateo; b) empieza un máster; c) su madre vive allí.
2. Cuando Carmen menciona el apellido Ruiz, Cassie: a) sospecha que conoce a la familia; b) no reconoce el apellido; c) decide cambiar de piso.
3. Mateo recuerda: a) el cumpleaños de Cassie; b) dónde vivía Cassie; c) cómo toma Cassie el café.
4. Cassie y Mateo: a) terminaron su relación hace cuatro años; b) dejaron de hablar poco a poco; c) tuvieron una gran discusión.
5. Al final de la conversación, Mateo pregunta: a) si Cassie tiene novio; b) si quiere cenar con él; c) si ha vuelto para quedarse.

4. Sustituye la expresión

1. Cassie se sorprende muchísimo cuando ve a Mateo.
2. Durante su año en Madrid, ha sentido la ausencia de Salamanca.
3. Necesita adaptarse a su nueva vida.
4. Cassie intenta hacer creer que está tranquila.
5. Hay cosas entre Cassie y Mateo que todavía no están resueltas.

5. Preguntas personales

1. ¿Hay alguna ciudad que eches de menos?
2. ¿Alguna vez te has reencontrado con alguien después de muchos años?
3. ¿Te resulta fácil empezar de cero?
4. ¿En qué situaciones puedes sentirte fuera de lugar?
5. ¿Crees que es mejor resolver las cosas pendientes o dejarlas en el pasado?

Respuestas

Ejercicio 1

1. mudarse
2. instalarse
3. queda de piedra
4. echado de menos
5. fingir
6. incómoda
7. reencontrarse
8. pendientes
9. acostumbrarse a
10. empezar de cero

Ejercicio 2

1-c

2-e

3-f

4-b

5-a

6-d

Ejercicio 3

1-b

2-a

3-c

4-b

5-c

Ejercicio 4

1. se queda de piedra
2. ha echado de menos
3. acostumbrarse a
4. fingir
5. están pendientes

Ejercicio 5

Respuestas libres.

Capítulo 2. Como si nada hubiera pasado



A la mañana siguiente, Cassie se despierta antes de que suene el despertador. Durante unos segundos no sabe dónde está. El techo es demasiado blanco, la ventana está en el lado equivocado de la habitación y una caja abierta ocupa casi todo el espacio entre la cama y la puerta. Después recuerda el tren, las maletas, el tercer piso sin ascensor y, por último, el café de la noche anterior. Mateo.

Cassie se tapa la cara con la almohada y permanece así unos segundos, como si la oscuridad pudiera borrar una parte concreta de su memoria. No funciona. Recuerda perfectamente la forma en que él la miró al verla, su camisa negra, su sonrisa y aquellas tres palabras que todavía le molestan más de lo razonable: «Lo recuerdo».

Fuera, la ciudad empieza el día bajo un cielo claro y frío. La lluvia de la noche ha dejado las calles brillantes, y desde la ventana del salón Cassie ve hojas amarillas y marrones acumuladas junto a las aceras. Algunas personas caminan deprisa con las manos dentro de los bolsillos; otras se detienen frente a la cafetería de abajo antes de entrar. El aire de octubre tiene esa mezcla extraña de sol y frío que obliga a llevar una chaqueta por la mañana y hace que uno se arrepienta de ella al mediodía.

Cassie prepara café en la pequeña cafetera que encontró en uno de los armarios. El resultado tiene un color sospechoso y un sabor todavía peor. Bebe dos tragos por orgullo y tira el resto por el fregadero. Podría bajar. La idea aparece con demasiada rapidez. No va a bajar.

Tiene una presentación en la universidad a las diez, todavía no ha encontrado su cuaderno y necesita descubrir qué autobús debe tomar. Además, sería absurdo entrar otra vez en Café Libertad menos de doce horas después de haber visto a Mateo por primera vez en cuatro años.

A las nueve y cuarto, Cassie está cerrando la puerta del

apartamento con el bolso al hombro. Al llegar a la calle, mira hacia la cafetería casi sin querer. A través de la ventana ve a varias personas desayunando, pero no distingue a Mateo. Sigue caminando. Solo cuando dobla la esquina se da cuenta de que está un poco decepcionada.

Una vida nueva, más o menos. La primera mañana del máster resulta menos terrible de lo que esperaba. El edificio de la facultad sigue teniendo los mismos pasillos largos y las mismas máquinas de café que parecen haber sobrevivido a varias generaciones de estudiantes. Cassie reconoce algunas aulas, aunque su programa es nuevo y la mayoría de las caras también lo son.

Se sienta junto a una chica llamada Nora, que lleva un abrigo verde oscuro y escribe todo lo que dice el profesor, incluso los chistes malos. Durante la pausa hablan de Madrid, de alquileres imposibles y de profesores que envían correos a las seis de la mañana. Nora es de Valladolid y acaba de mudarse a Salamanca.

-¿Tú también eres nueva en la ciudad? -pregunta.

Cassie duda.

-Sí y no. Estudié aquí hace unos años.

-Entonces tienes ventaja. Yo todavía me pierdo cada vez que salgo de la facultad.

-Es una ciudad pequeña.

-Eso no me ayuda. Tengo un talento especial.

Cassie sonríe. Le gusta Nora. Hablar con alguien que no sabe nada de su vida anterior resulta inesperadamente cómodo. No

tiene que explicar por qué volvió, por qué dejó Madrid ni por qué la idea de una cafetería concreta ocupa demasiado espacio en su cabeza desde la noche anterior.

Después de clase, Nora propone ir a comer con otros dos estudiantes. Cassie acepta. Pasan casi dos horas en un pequeño restaurante cerca de la Plaza Mayor, hablando de profesores, trabajos anteriores y de lo extraño que resulta volver a estudiar después de haber trabajado. Por primera vez desde que llegó, Cassie siente que su nueva vida puede ser exactamente eso: nueva.

Al salir, el sol de la mañana ha desaparecido. Un viento frío mueve las hojas por la plaza y las terrazas empiezan a vaciarse. Salamanca tiene un color dorado bajo las nubes, y las fachadas antiguas parecen más cálidas que el cielo. Cassie camina despacio hacia casa. No tiene prisa. Cuando llega a su calle, descubre que sí tiene hambre otra vez. Y que Café Libertad está justo delante. Esta vez no intenta inventarse una excusa demasiado complicada. Necesita café. La cafetería vende café. Fin de la historia.

El segundo café

La campanilla de la puerta suena cuando entra. A esa hora el local está más tranquilo que la noche anterior. Cerca de la ventana hay dos estudiantes con portátiles, una mujer lee un libro y un hombre habla por teléfono en voz tan baja que parece estar contando un secreto. Mateo está detrás de la barra. La ve casi inmediatamente.

Cassie espera una reacción, aunque no sabe cuál. Una sonrisa especial, una sorpresa, quizá una broma sobre su regreso. Mateo simplemente levanta una mano.

-Hola.

-Hola.

Perfecto. Dos adultos perfectamente normales saludándose como si no hubieran pasado media noche pensando en la conversación anterior. Cassie se acerca a la barra.

-¿Qué tal el primer día?

Ella lo mira con cierta sospecha.

-¿Cómo sabes que hoy empezaba?

-Ayer dijiste que volvías por un máster.

-Dije que empezaba un máster. No dije cuándo.

Mateo se apoya un momento en la barra.

-Empieza octubre, Cassie. No ha sido una investigación policial.

-Tienes razón. Me estaba preocupando.

-¿Por mi inteligencia?

-Por tu nueva carrera como detective.

Mateo sonríe y coge una taza.

-¿Lo de siempre?

Cassie mira la cafetera.

-¿Sabes qué? Hoy quiero azúcar.

Él se queda quieto.

-¿Azúcar?

-Sí.

-¿Estás bien?

Cassie intenta mantener una expresión seria.

-He cambiado mucho en cuatro años.

Mateo deja un sobre de azúcar junto a la taza.

-Esto sí que no me lo esperaba.

Ella termina riéndose. La incomodidad que esperaba sentir desaparece un poco, y durante unos minutos hablar con él resulta tan familiar que casi parece peligroso. Mateo le pregunta por el máster, Cassie le cuenta que ya ha conocido a una chica que se pierde en una ciudad de quince minutos, y él le habla de una clienta que lleva toda la mañana ocupando una mesa con un solo té. No hablan de los últimos cuatro años. Hablan alrededor de ellos.

Cassie se da cuenta poco a poco. Cada vez que una pregunta puede acercarlos demasiado al pasado, uno de los dos cambia de tema. Cuando Mateo pregunta por Madrid, ella responde hablando del tráfico. Cuando Cassie pregunta si él sigue

estudiando Arquitectura, Mateo empieza a contar una historia sobre un profesor insoportable. Es casi divertido. También es agotador.

-Entonces sigues con Arquitectura -dice Cassie.

-Sí. Estoy terminando el proyecto final.

-¿Después de cuatro años?

-Cinco.

Cassie arquea una ceja.

-No me mires así. Arquitectura es una forma de vida, no una carrera.

-Una forma de vida muy larga.

-Gracias por tu apoyo.

-Y trabajas aquí.

-Algunas tardes y los fines de semana. Mis padres siguen llevando el café, pero mi padre está intentando trabajar menos.

Cassie recuerda al señor Ruiz detrás de la misma barra muchos años antes. Siempre llevaba una camisa clara y llamaba «jefa» a cualquier mujer menor de treinta años.

-¿Cómo está tu padre?

-Bien. Más tranquilo. Mi madre dice que no sabe estar jubilado porque todavía no se ha jubilado.

-Eso tiene mucho sentido.

-En mi familia sí.

Mateo coloca una cuchara junto a su taza. Cassie mira sus manos y recuerda, sin querer, unas manos más jóvenes llenas de tinta negra después de una clase de dibujo técnico. Aparta la

mirada antes de que el recuerdo pueda crecer demasiado.

-¿Y tú? -pregunta Mateo-. ¿Qué pasó con Madrid?

Ahí está. La primera pregunta que no puede responder hablando del tiempo.

Ponerse al día

Cassie mueve lentamente el sobre de azúcar entre los dedos. Ni siquiera lo ha abierto.

-¿Qué quieres saber?

-No sé. Cuatro años son bastante tiempo.

-Tres y medio.

Mateo la mira.

-¿Los has contado?

-No. Simplemente sé matemáticas básicas.

-Claro.

Cassie abre el azúcar y echa solo la mitad en el café. No le gusta especialmente dulce, pero ahora ya no puede cambiar de opinión sin darle a Mateo la satisfacción de comentarlo.

-Trabajé en Madrid después de terminar la carrera -explica-. Primero en una empresa pequeña y después en otra bastante más grande. Al principio me gustaba.

-¿Y después?

-Después me gustaba cobrar.

Mateo suelta una risa.

-Esa es una razón bastante buena para trabajar.

-No suficiente para levantarte cada mañana odiando el sonido del despertador.

La frase sale con más sinceridad de la que Cassie esperaba. Mateo no hace una broma esta vez.

-¿Por eso te fuiste?

-En parte.

Él espera, pero Cassie no continúa. No quiere hablar todavía de Marcos, de los últimos meses en Madrid ni de la sensación de estar viviendo una vida que había elegido casi por accidente. Mateo parece entender el límite y no insiste.

-¿Y el máster?

-Quiero cambiar un poco de dirección. O al menos descubrir si quiero cambiarla.

-Plan muy concreto.

-Tengo una carpeta con documentos. Eso siempre hace que un plan parezca serio.

-Eso sí lo recuerdo de ti.

Cassie levanta la vista.

-¿Qué cosa?

-Tus carpetas. Tenías una para todo.

-No es verdad.

-Tenías una carpeta para organizar otras carpetas.

-Eso es una mentira.

Mateo sonríe.

-Era azul.

Cassie abre la boca para responder y se detiene. Era azul. Durante un segundo, ninguno dice nada. Hay recuerdos pequeños que deberían desaparecer antes que los importantes: el color de una carpeta, una bebida favorita, una canción que alguien odiaba. Sin embargo, esos detalles permanecen

escondidos durante años y regresan cuando menos se espera.
Cassie bebe café.

-¿Tú nunca te fuiste? -pregunta.

-De Salamanca, dices.

-Sí.

-Unos meses. Hice prácticas en Valencia el año pasado.

-¿Valencia?

-¿Ves? Tú tampoco sabes nada de mi vida.

No lo dice con reproche. Precisamente por eso, la frase duele un poco más. Cassie baja la mirada hacia la taza.

-Perdimos el contacto.

-Sí.

No hay acusación en su voz, pero tampoco intenta suavizarlo. Cassie piensa en todas las veces que podría haber escrito. Cumpleaños. Navidades. Una noticia que le recordó a él. Una fotografía de Salamanca que apareció en su teléfono. Siempre había una razón para no hacerlo: estaba ocupada, era tarde, había pasado demasiado tiempo, quizá Mateo tenía novia, quizá ya no quería saber nada de ella. Después de cierto punto, el silencio se había convertido en costumbre.

-Yo también podría haberte escrito -dice Mateo.

Cassie levanta la cabeza.

-No estaba diciendo que fuera culpa tuya.

-Ya lo sé.

-Pero lo has dicho como si...

-Cassie.

-¿Qué?

-Estamos hablando de un mensaje de WhatsApp, no de un tratado de paz.

Ella lo mira dos segundos y termina riéndose.

-Bien. Retiro mi discurso.

-Gracias.

Por primera vez, el tema queda abierto entre ellos sin convertirse en una discusión. No lo han resuelto, pero tampoco han fingido que nunca existió. Para Cassie, ya es bastante.

Lo de siempre

Una pareja entra en la cafetería y Mateo tiene que volver al trabajo. Cassie se lleva la taza a una mesa junto a la ventana y abre el portátil. Intenta leer un artículo para la clase del día siguiente, aunque durante los primeros diez minutos lee el mismo párrafo tres veces.

Fuera, el viento empuja pequeñas hojas amarillas por la acera. Una bicicleta pasa demasiado rápido sobre un charco y salpica a un hombre que responde con un gesto poco elegante. Cassie sonríe detrás del cristal. La tarde se va oscureciendo poco a poco, y las luces del café se reflejan en la ventana hasta mezclar el interior cálido con la calle gris.

Es una de las cosas que más había echado de menos sin saberlo: los lugares pequeños donde una persona puede quedarse durante horas sin que nadie tenga prisa por echarla.

En Madrid todo parecía moverse. El metro, la gente, los planes, los trabajos, las conversaciones. Incluso descansar parecía una actividad que había que organizar. Aquí, sentada junto a una ventana mientras empieza a llover otra vez, Cassie siente que el tiempo avanza de otra manera. Una hora después guarda el portátil. Mateo está limpiando una mesa cercana.

-¿Has estudiado mucho?

-He leído tres páginas.

-Impresionante.

-Y he mirado por la ventana durante cuarenta minutos.

-Eso explica el éxito académico.

Cassie se pone el abrigo.

-Gracias por el café.

-Has pagado este.

-Entonces gracias por permitirme comprarlo.

-De nada. Intentamos ofrecer un servicio completo.

Ella se coloca el bolso al hombro y camina hacia la puerta.

-Cassie.

Se vuelve. Mateo señala la mesa.

-El azúcar.

El sobre está vacío junto a la taza.

-¿Qué pasa con él?

-Has usado medio.

-¿Y?

-Que mañana volverás al café sin azúcar.

Cassie lo mira.

-¿Mañana?

Mateo se encoge de hombros, pero hay una pequeña sonrisa en su cara.

-O cuando vuelvas.

Ella podría decir que quizá no vuelva. Podría recordarle que tiene una cafetera arriba, aunque produzca una bebida que apenas merece ese nombre. Podría hacer como si la idea de regresar no fuera evidente para los dos. En lugar de eso, abre la puerta.

-Buenas noches, detective.

-Buenas noches, Cassie.

Sale a la calle. La lluvia es fina y el aire huele a piedra mojada. Cassie camina los pocos pasos hasta la entrada de su edificio y, antes de sacar las llaves, mira una vez hacia la ventana del café. Mateo ya está atendiendo a otra persona. Todo parece normal. Quizá eso es precisamente lo extraño.

Durante cuatro años habían sido dos personas que ya no formaban parte de la vida del otro. Ahora viven a tres pisos de distancia y pueden encontrarse cualquier tarde delante de una taza de café.

Cassie sube las escaleras despacio. En el segundo piso escucha llorar al bebé del que Carmen le habló. Un poco más arriba empieza a sonar una guitarra y comprende que Carmen tampoco exageraba sobre eso.

Cuando entra en casa, deja el bolso sobre una silla y abre una de las cajas que todavía quedan en el salón. Mientras coloca varios libros en la estantería, piensa en la conversación de esa tarde. Valencia. El proyecto final. Su padre. Detalles pequeños de una vida que continuó sin ella. Se pregunta qué más no sabe. Y, por primera vez desde que volvió a Salamanca, se permite admitir algo sin buscar una explicación razonable. Quiere averiguarlo.

Ejercicios de vocabulario

1. Completa las frases

1. Después de cuatro años sin hablar, Cassie y Mateo intentan _____ una conversación.
2. Al principio hacen bromas para _____ y sentirse más cómodos.
3. Los dos necesitan _____ porque saben muy poco de sus vidas actuales.
4. Cassie intenta _____ su curiosidad por Mateo.
5. Durante varios años, Cassie y Mateo habían _____.
6. Mateo _____ el tema de Madrid, pero Cassie no quiere contar todos los detalles.
7. Cuando una pregunta resulta demasiado personal, uno de los dos intenta _____.
8. Cassie se _____ que Mateo recuerda detalles muy pequeños de su pasado.
9. Algunas cosas entre ellos siguen sin resolverse y ambos tienen asuntos _____.
10. A pesar de los años, hablar con Mateo todavía le _____ a Cassie.

2. Relaciona las expresiones con su significado

1. ponerse al día
2. perder el contacto
3. sacar un tema
4. quedarse con las ganas de
5. darse cuenta de
6. hacer como si
 - a. empezar a hablar de un asunto
 - b. fingir que una situación es diferente
 - c. dejar de comunicarse con alguien
 - d. intercambiar noticias después de un tiempo
 - e. notar o comprender algo
 - f. querer hacer algo y finalmente no hacerlo

3. Elige la opción correcta

1. Cassie vuelve a Café Libertad porque: a) Mateo la invita; b) necesita café y decide dejar de buscar excusas; c) Nora quiere conocer el lugar.
2. Mateo está terminando: a) Medicina; b) un curso de cocina; c) su proyecto final de Arquitectura.
3. Cassie cuenta que dejó su trabajo en Madrid porque: a) empezó a odiar su rutina; b) la despidieron; c) quería trabajar en el café.
4. Mateo vivió unos meses en: a) Sevilla; b) Valencia; c) Barcelona.
5. Al final de la capítulo, Cassie admite que: a) quiere conocer la vida actual de Mateo; b) quiere volver a Madrid; c) no piensa regresar al café.

4. Reescribe usando el vocabulario

1. Cassie y Mateo dejaron de comunicarse durante varios años.
2. Mateo empieza a hablar del pasado.
3. Cassie comprende que sabe muy poco de la vida actual de Mateo.
4. Los dos actúan como si todo fuera completamente normal.
5. Cassie y Mateo intercambian noticias después de mucho tiempo.

5. Responde con tus propias ideas

1. ¿Es fácil retomar una amistad después de perder el contacto durante años? ¿Por qué?
2. ¿Qué temas sueles evitar cuando acabas de reencontrarte con alguien?
3. ¿Crees que los pequeños detalles pueden demostrar que una persona todavía se acuerda de ti?
4. ¿Alguna vez te has quedado con las ganas de escribir a alguien?
5. ¿Es mejor hablar directamente de los problemas del pasado o esperar hasta tener más confianza?

Respuestas

Ejercicio 1

1. retomar
2. romper el hielo
3. ponerse al día
4. disimular
5. perdido el contacto
6. saca
7. cambiar de tema
8. da cuenta de
9. pendientes
10. resulta familiar

Ejercicio 2

1-d

2-c

3-a

4-f

5-e

6-b

Ejercicio 3

1-b

2-c

3-a

4-b

5-a

Ejercicio 4

1. Cassie y Mateo perdieron el contacto durante varios años.
2. Mateo saca el tema del pasado.
3. Cassie se da cuenta de que sabe muy poco de la vida actual de Mateo.
4. Los dos hacen como si todo fuera completamente normal.
5. Cassie y Mateo se ponen al día después de mucho tiempo.

Ejercicio 5

Respuestas libres.

Capítulo 3. La ciudad que recuerda



Una mañana dorada

El jueves amanece con un cielo limpio después de varios días de lluvia. Desde la ventana de su apartamento, Cassie ve una luz suave sobre los tejados y pequeñas gotas que todavía brillan en las barandillas de los balcones. El aire parece más frío que el día anterior, pero el sol convierte las fachadas de piedra en superficies doradas y hace que las hojas húmedas tengan colores más intensos. Algunas son amarillas, otras casi rojas, y muchas forman pequeños montones junto a las puertas de los edificios.

Cassie sale de casa más temprano de lo necesario. Podría tomar el autobús hasta la facultad, pero decide caminar. Desde que ha vuelto, tiene la sensación de que siempre está yendo de un sitio a otro sin mirar realmente la ciudad. Durante sus primeros años en Salamanca conocía cada calle del centro, sabía qué cafeterías cerraban tarde y qué caminos eran más rápidos cuando llegaba tarde a clase. Ahora quiere comprobar cuánto recuerda.

Al principio, el paseo resulta agradable y sencillo. Compra una botella de agua en una tienda pequeña, cruza una plaza donde varias terrazas empiezan a llenarse y pasa junto a una librería que no reconoce. En el escaparate hay novelas, cuadernos y una colección de postales antiguas de Salamanca. Cassie se detiene unos segundos. Antes había allí una tienda de ropa barata donde ella y sus amigas entraban después de clase, casi siempre sin

comprar nada.

La ciudad ha cambiado, piensa. Luego mira el edificio de enfrente, una fachada estrecha con balcones de hierro y macetas pequeñas, y recuerda que una vez Mateo esperó allí casi cuarenta minutos porque ella había confundido la hora de una cita para estudiar. Algunas cosas han cambiado. Otras siguen exactamente en el mismo lugar, esperando a que alguien vuelva a mirarlas.

Cassie continúa andando. No está triste, pero siente una nostalgia extraña, menos dolorosa de lo que esperaba. Volver no significa recuperar una vida antigua. Esa vida ya no existe. Sin embargo, caminar por estas calles le permite encontrar pequeñas partes de sí misma que había dejado atrás sin darse cuenta.

Lugares que no olvidan

Después de las clases, Nora propone comer juntas, pero tiene una cita en el banco y se marcha pronto. Cassie podría volver directamente a casa. En lugar de eso, guarda el móvil en el bolso y empieza a caminar sin un destino concreto.

El centro está lleno de estudiantes y turistas. Cerca de la Plaza Mayor, un músico toca la guitarra mientras una pareja intenta hacerse una fotografía sin que aparezcan veinte desconocidos detrás. En una terraza, varias personas toman café bajo unas mantas que el camarero ha dejado sobre las sillas. El viento mueve las ramas de los árboles y de vez en cuando una hoja cae sobre una mesa o queda atrapada entre los pies de alguien.

Cassie cruza una calle y reconoce un bar pequeño con una puerta roja. El nombre ha cambiado, pero el interior parece casi igual. Durante el primer curso, ella, Mateo y otros compañeros iban allí los jueves porque las bebidas eran baratas y nadie tenía todavía suficiente dinero para elegir un sitio por su calidad.

Una imagen le viene a la memoria con tanta claridad que Cassie se detiene. Mateo está sentado frente a ella con diecinueve años, el pelo demasiado largo y una camiseta que Cassie odiaba. Está intentando convencerla de que puede reconocer cualquier canción con solo escuchar tres segundos. No podía. Había fallado cinco seguidas. Cassie sonríe sola y continúa caminando.

Un poco más adelante encuentra una pequeña plaza. Hay

bancos bajo los árboles y el suelo está cubierto de hojas secas. Dos niños corren detrás de una pelota mientras su padre habla por teléfono. Cassie reconoce el banco de la esquina inmediatamente. Aquí estudiaron juntos una tarde antes de un examen.

Bueno, «estudiaron» quizá no sea la palabra correcta. Mateo pasó la mayor parte del tiempo dibujando edificios en los márgenes de sus apuntes y Cassie intentó explicarle un tema que él no necesitaba conocer. Después compraron bocadillos y se quedaron hablando hasta que empezó a hacer frío.

Cassie se acerca al banco, pero no se sienta. No quiere convertir el paseo en una visita organizada a todos sus recuerdos con Mateo. La ciudad también fue suya. Tuvo amigas, profesores, exámenes, noches en las que volvió sola a casa escuchando música y mañanas en las que se sentó en una biblioteca sin hablar con nadie durante horas. Aun así, Mateo aparece en demasiados lugares. Eso resulta irritante. Y un poco bonito. Cassie decide no analizar la segunda parte.

Una coincidencia

Cuando llega a una calle cercana a la universidad, entra en una panadería para comprar algo dulce. Sale con una bolsa de papel caliente y una decisión bastante firme de regresar a casa. En ese momento escucha su nombre.

-Cassie.

Se gira. Mateo está al otro lado de la calle con un tubo grande de cartón bajo el brazo y una mochila colgada de un hombro. Lleva un abrigo oscuro y parece tener prisa. Cuando los coches pasan, cruza hacia ella.

-Hola.

-Hola.

Mateo mira la bolsa.

-¿Eso es comida?

-Excelente observación.

-Gracias. La carrera me ha enseñado mucho.

Cassie abre un poco la bolsa.

-He comprado una napolitana.

-¿Una?

-Sí.

-Entonces no pensabas encontrarte conmigo.

-Definitivamente no.

Mateo pone una mano sobre el pecho, fingiendo estar herido.

-Qué recibimiento.

Cassie se ríe. Después mira el tubo de cartón.

-¿Proyecto?

-Planos. Tengo una reunión dentro de media hora y todavía no estoy seguro de que uno de ellos tenga sentido.

-¿No se supone que un arquitecto debe estar seguro de esas cosas?

-No hasta que le pagan.

La respuesta le resulta tan familiar que Cassie vuelve a sentir esa pequeña confusión de los últimos días. Mateo es distinto y, al mismo tiempo, algunas partes de él no han cambiado en absoluto.

Empiezan a caminar juntos. Él va hacia la facultad de Arquitectura y Cassie puede acompañarlo durante unas calles antes de tomar el camino de casa. Hablan de cosas fáciles: las clases, Nora, el vecino que toca mal la guitarra y la cafetera del apartamento de Cassie.

-¿Tan malo es el café? -pregunta Mateo.

-Creo que técnicamente no debería llamarlo café.

-Puedes bajar al Libertad.

-Qué casualidad que recomiendes el negocio de tu familia.

-Tenemos una estrategia de marketing muy agresiva.

-Sí, ya lo veo. Persigues clientes por la calle.

Mateo sonríe. Al llegar a una esquina, ambos reducen el paso. Delante de ellos está la pequeña plaza por la que Cassie acaba de pasar. Mateo mira hacia los bancos.

-¿Te acuerdas?

Cassie sabe exactamente de qué habla.

-No.

-Qué mentirosa.

Ella sonríe.

-De algunas cosas.

-Te pasaste una tarde entera intentando enseñarme economía.

-Y tú dibujaste sobre mis apuntes.

-Eran mejoras visuales.

-Dibujaste un edificio encima de una definición.

-Era un edificio excelente.

Cassie niega con la cabeza. Durante unos segundos, el recuerdo pertenece a los dos y ya no parece algo que ella haya encontrado sola en una calle antigua. Entonces Mateo mira el reloj.

-Tengo que irme.

-Sí. Tus edificios te necesitan.

-Probablemente.

Da un par de pasos y se vuelve.

-Cassie.

-¿Qué?

-Me alegro de que hayas vuelto.

La frase es sencilla y la dice sin dramatismo. Precisamente por eso Cassie no encuentra una respuesta rápida. Mateo levanta una mano.

-Nos vemos.

Ella lo observa alejarse entre la gente hasta que desaparece detrás de una esquina. Solo entonces continúa hacia casa. La

napolitana se ha enfriado. No le importa.

Lo que permanece

Por la tarde, Cassie intenta estudiar en casa. Abre el portátil, prepara una taza de té y coloca los apuntes sobre la mesa junto a la ventana. Durante casi una hora consigue concentrarse. Después empieza a oscurecer y la habitación cambia de color. La luz azulada de la calle entra por el cristal mientras las lámparas de los edificios de enfrente se encienden una a una.

Desde abajo llega el ruido de Café Libertad. No puede distinguir las conversaciones, solo un murmullo constante, el sonido ocasional de una puerta y alguna risa. Cassie piensa en bajar, pero esta vez decide quedarse. No quiere que cada día en Salamanca termine con Mateo. Además, necesita construir una vida que no dependa de quién trabaja tres pisos más abajo. A las ocho, Nora le envía una fotografía de un libro que necesita para clase.

Nora: ¿Tú entiendes la página 47?

Cassie abre el documento.

Cassie: No.

Nora: Gracias. Me siento mejor.

Cassie: Podemos fingir que el profesor tampoco la entiende.

Nora: Ese es mi plan académico.

Cassie sonríe. Hablan unos minutos sobre el trabajo de la semana siguiente y quedan para estudiar juntas el sábado. Cuando termina la conversación, Cassie mira el salón. Todavía

hay cajas sin abrir, pero ahora hay libros en la estantería, una manta sobre el sofá y una taza junto al ordenador. Poco a poco, el apartamento empieza a parecer suyo. Quizá con las ciudades ocurre lo mismo.

Uno no vuelve y recupera inmediatamente lo que dejó. Tiene que acostumbrarse otra vez a las calles, encontrar nuevas rutinas y aceptar que algunos lugares ya no existen. También tiene que descubrir qué partes del pasado todavía quiere conservar.

Cassie cierra el portátil y se acerca a una de las cajas. Busca un jersey, pero encuentra la pequeña caja de recuerdos que abrió la primera noche. Esta vez la baja de la estantería. Se sienta en el suelo y saca las fotografías.

Hay imágenes de fiestas, excursiones y cumpleaños. En una, Cassie tiene el pelo mucho más corto y está haciendo una cara absurda. En otra aparecen cinco amigos delante de la universidad. Mateo está al fondo, mirando hacia alguien fuera de la fotografía. Cassie pasa a la siguiente. Ella y Mateo están sentados en unas escaleras. No miran a la cámara. Cassie se ríe de algo y él la mira a ella. Permanece unos segundos observando la imagen. Después le da la vuelta. No hay nada escrito. Cassie no sabe por qué siente alivio. Guarda las fotografías otra vez, pero deja esa encima de la mesa. No significa nada, se dice. Esta vez ni siquiera intenta creérselo.

El mensaje

Más tarde empieza a llover. No es una tormenta fuerte, sino una lluvia tranquila que cubre los cristales con pequeñas gotas y convierte las luces de la calle en manchas amarillas. Cassie apaga la lámpara principal y deja encendida solo la que está junto al sofá. La habitación se vuelve cálida y silenciosa. Está leyendo cuando el móvil vibra. Mira la pantalla. Mateo.

Durante un segundo, Cassie no abre el mensaje. Es ridículo. Han hablado esa misma tarde. No hay ninguna razón para que un mensaje suyo parezca importante. Lo abre.

Mateo: ¿Has sobrevivido al café de tu casa?

Cassie sonríe.

Cassie: Por ahora.

Mateo: Me alegro.

Cassie: Gracias por tu preocupación.

Mateo: Es profesional. No quiero perder una clienta.

Cassie: Una clienta que ayer pagó.

Mateo: Un detalle.

Cassie deja el móvil sobre el sofá. Un minuto después vuelve a vibrar.

Mateo: Por cierto.

Cassie espera. Aparecen los tres puntos que indican que está escribiendo. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

Mateo: ¿Sigues tomando el café sin azúcar?

Cassie mira el mensaje y se ríe en voz baja.

Cassie: Sí.

Mateo: Lo sabía.

Cassie: Ayer tomé azúcar.

Mateo: Medio sobre por orgullo no cuenta.

Cassie: Eres insoportable.

Mateo: Eso también lo recuerdas.

Cassie apoya la cabeza contra el sofá. Afuera, la lluvia sigue cayendo sobre los tejados y una ráfaga de viento mueve las ramas del árbol que ve desde la ventana. Por primera vez, la conversación no sucede porque se han cruzado por casualidad. Mateo ha decidido escribirle. Ella también decide continuar.

Cassie: ¿Has sobrevivido a la reunión?

Mateo: Sí. El plano tenía sentido.

Cassie: Qué decepción.

Mateo: Gracias por confiar en mí.

Hablan durante casi veinte minutos. Nada importante: un profesor, la panadería, el vecino de la guitarra, una serie que ambos conocen. Es una conversación sencilla, de esas que antes tenían sin pensar. Cuando parece que ha terminado, Cassie deja el teléfono. Vibra otra vez.

Mateo: Una pregunta.

Cassie: Depende.

Mateo: ¿Has vuelto para quedarte?

Cassie deja de sonreír. Es la misma pregunta de la primera noche. Esta vez no está Mateo delante para verla pensar. Mira la

fotografía que ha dejado sobre la mesa. Luego mira las cajas, la lluvia detrás de la ventana y las luces de una ciudad que conoce y no conoce al mismo tiempo. Empieza a escribir una respuesta. La borra. Escribe otra. También la borra. Finalmente envía solo cuatro palabras.

Cassie: Todavía no lo sé.

Los tres puntos aparecen casi de inmediato.

Mateo: Vale.

Nada más. Cassie espera unos segundos, pero no llega otro mensaje. Podría sentirse decepcionada. En cambio, agradece que no insista. Deja el teléfono boca abajo.

Afuera, Salamanca continúa bajo la lluvia de octubre. Las calles que recorrió esa tarde estarán casi vacías ahora, y las hojas se pegarán otra vez a las piedras mojadas. Mañana algunos lugares volverán a parecer nuevos y otros le traerán recuerdos que creía olvidados. Cassie mira una vez más la fotografía. No sabe todavía si ha vuelto para quedarse. Pero por primera vez empieza a preguntarse qué tendría que ocurrir para querer hacerlo.

Ejercicios de vocabulario

1. Completa las frases

1. Cassie decide _____ por el centro en lugar de volver directamente a casa.
2. Algunos lugares antiguos le _____ de sus primeros años en Salamanca.
3. Al pasar por una plaza, un recuerdo de Mateo le _____.
4. Cassie puede _____ muchos lugares aunque algunos negocios hayan cambiado.
5. La ciudad parece diferente, pero algunas cosas han _____.
6. Cassie y Mateo vuelven a _____ por casualidad cerca de la universidad.
7. Ella está _____ preguntarle más cosas sobre su vida, pero decide no hacerlo.
8. Cassie comprende que no quiere quedarse _____ en el pasado.
9. Algunas fotografías le permiten _____ de sus años universitarios.
10. Para construir una nueva vida, Cassie sabe que tendrá que _____.

2. Relaciona

1. traer recuerdos
2. venir a la memoria
3. cruzarse con alguien
4. estar a punto de
5. atreverse a
6. seguir adelante
 - a. encontrarse con alguien por casualidad
 - b. recordar algo de repente
 - c. tener el valor de hacer algo
 - d. continuar con la vida
 - e. hacer que una persona recuerde el pasado
 - f. estar muy cerca de hacer algo

3. Verdadero o falso

1. Cassie toma el autobús porque hace demasiado frío.
2. Nora conoce perfectamente Salamanca.
3. Cassie encuentra varios lugares relacionados con sus recuerdos universitarios.
4. Mateo está trabajando en el café cuando Cassie se cruza con él.
5. Mateo dice que se alegra de que Cassie haya vuelto.
6. Cassie baja al Café Libertad esa misma noche.
7. Mateo escribe a Cassie por iniciativa propia.
8. Cassie responde que definitivamente se quedará en Salamanca.

4. Explica con tus propias palabras

1. ¿Por qué Cassie siente que Salamanca es conocida y nueva al mismo tiempo?
2. ¿Por qué no quiere que cada día termine con Mateo?
3. ¿Qué importancia tiene la fotografía que deja sobre la mesa?
4. ¿Por qué la pregunta «¿Has vuelto para quedarte?» resulta difícil para Cassie?
5. ¿Qué cambia entre Cassie y Mateo al final de la capítulo?

5. Usa el vocabulario

Escribe una frase propia con cada expresión:

1. tener nostalgia
2. guardar un recuerdo
3. estar a punto de
4. atreverse a
5. seguir adelante

Respuestas

Ejercicio 1

1. dar un paseo
2. traen recuerdos
3. viene a la memoria
4. reconocer
5. permanecido igual
6. cruzarse
7. a punto de
8. atrás
9. guardar recuerdos
10. seguir adelante

Ejercicio 2

1-e

2-b

3-a

4-f

5-c

6-d

Ejercicio 3

1. Falso
2. Falso
3. Verdadero
4. Falso
5. Verdadero
6. Falso
7. Verdadero
8. Falso

Ejercicio 4

Respuestas orientativas:

1. Porque reconoce calles y lugares de su pasado, pero también encuentra cambios y nuevas rutinas.
2. Porque quiere construir una vida propia en Salamanca y no hacer que su regreso dependa únicamente de Mateo.
3. Representa una parte del pasado que Cassie todavía no ha decidido cómo interpretar.
4. Porque aún no sabe qué quiere hacer con su nueva etapa ni si Salamanca será una solución permanente.
5. Mateo le escribe sin que una coincidencia los obligue a hablar; por primera vez uno de los dos busca voluntariamente al otro.

Ejercicio 5

Respuestas libres.

Capítulo 4. Un café, nada más



Una invitación sencilla

El viernes llega con una mañana fría y luminosa. Durante la noche ha bajado la temperatura y, cuando Cassie abre la ventana, el aire entra en el apartamento con olor a humedad, hojas mojadas y café recién hecho desde la planta baja. Cierra enseguida, pero permanece unos segundos junto al cristal. En los tejados hay una luz pálida, casi blanca, y las sombras de las chimeneas se alargan sobre las tejas. Octubre avanza despacio, cambiando la ciudad un poco cada día.

Cassie lleva tres días diciéndose que la presencia de Mateo debajo de su casa no modifica absolutamente nada. Tiene clases, trabajos, una compañera nueva con la que ya ha quedado para estudiar el sábado y suficientes cajas sin abrir como para mantenerse ocupada hasta Navidad. Sin embargo, cada mañana reconoce el ruido de la persiana metálica del Café Libertad al levantarse y, cada noche, sabe aproximadamente a qué hora cierran. No está pendiente de él, se explica mientras prepara el desayuno. Simplemente vive encima de una cafetería. Sería imposible no escucharla. El móvil vibra sobre la mesa.

Mateo: ¿Tienes clase esta tarde?

Cassie mira el mensaje más tiempo del necesario.

Cassie: No. ¿Por qué?

La respuesta tarda casi un minuto.

Mateo: Porque termino a las seis.

Cassie espera. Nada.

Cassie: Información muy interesante.

Mateo: Gracias.

Cassie: ¿Hay una segunda parte?

Mateo: Podríamos tomar algo.

Cassie deja el teléfono sobre la mesa y se sirve más té, aunque la taza todavía está casi llena. La invitación es completamente normal. Dos antiguos amigos pueden quedar para tomar algo. No existe ninguna ley que convierta automáticamente un café en una cita solo porque hace cuatro años casi ocurrió algo entre ellos. Casi. Cassie vuelve a mirar la pantalla.

Cassie: Vale.

Mateo: ¿Vale qué?

Cassie: Que podemos tomar algo.

Mateo: Ah. Pensaba que estabas valorando mi información sobre el horario.

Cassie: No te emociones.

Mateo: A las seis y media. Plaza de Anaya.

Cassie: Allí estaré.

Después de enviar el mensaje, Cassie se queda mirando el teléfono. No ha pasado nada extraordinario, pero el viernes parece de repente un poco distinto.

No es una cita

A las cinco y media, Cassie está delante del armario con una camisa en cada mano. Aquello la irrita. No porque no sepa qué ponerse, sino porque sabe perfectamente que está dedicando demasiado tiempo a una decisión que normalmente tomaría en treinta segundos. Deja la camisa negra sobre la cama, se pone un jersey color crema, se lo quita, vuelve a ponérselo y termina riéndose de sí misma.

-No es una cita -dice en voz alta.

Desde el piso de arriba llega una nota de guitarra particularmente desafortunada.

-Gracias por tu opinión.

Finalmente elige vaqueros, botas y un abrigo marrón. Se recoge el pelo, lo suelta otra vez y decide que ese es el límite de dignidad que está dispuesta a perder por un café.

Cuando sale, la tarde ya tiene el color dorado y frío de los días de octubre que empiezan a terminar demasiado pronto. El sol se esconde detrás de los edificios y las calles del centro están llenas de gente que aprovecha las últimas horas de luz. En algunos balcones cuelgan plantas secas; frente a las tiendas aparecen pequeñas pizarras con dibujos de calabazas, bebidas calientes y hojas de otoño. Un vendedor coloca castañas en un puesto y el humo se mezcla con el aire frío. Cassie camina hacia la Plaza de Anaya intentando no llegar demasiado pronto. Llega

ocho minutos demasiado pronto. Mateo todavía no está.

Se sienta en un banco desde el que puede ver la catedral. La piedra parece naranja bajo la luz de la tarde, y varias hojas giran por el suelo cada vez que sopla el viento. Cassie saca el móvil, lo guarda, vuelve a sacarlo y abre un correo que no le interesa.

A las seis y veintiocho ve a Mateo acercarse desde la calle de la Rúa. Lleva un abrigo gris y una bufanda oscura. Camina deprisa, pero cuando la ve reduce el paso y sonríe.

-Has llegado antes.

-Dos minutos.

-Llevas aquí más de dos minutos.

-¿Ahora también eres experto en horarios?

-Te conozco.

Cassie guarda el móvil.

-Me conocías.

La respuesta sale más seria de lo que pretendía. Mateo se queda un instante en silencio. Después asiente.

-Tienes razón.

No intenta convertirlo en una broma, y Cassie agradece que no lo haga.

-¿Vamos? -pregunta él.

-¿Adónde?

-He pensado que sería absurdo llevarte al café de mi familia.

-Por fin una buena decisión.

Mateo sonríe.

-Conozco otro sitio.

Empiezan a caminar juntos. Cassie no pregunta si aquello es una cita. Mateo tampoco. Los dos parecen haber llegado al mismo acuerdo silencioso: llamarlo café y no darle más importancia de la necesaria. Por supuesto, eso hace que Cassie le dé todavía más vueltas.

Una mesa junto a la ventana

El lugar que elige Mateo está en una calle tranquila, lejos de la zona más turística. Es una cafetería pequeña con mesas de madera, estanterías llenas de libros y grandes ventanas cubiertas por gotas de una lluvia que acaba de empezar. En el interior huele a canela, chocolate y pan caliente. Cerca de la entrada hay una cesta con mantas para los clientes que prefieren sentarse fuera, aunque esa tarde nadie parece tener suficiente valor.

-¿Desde cuándo conoces este sitio? -pregunta Cassie mientras se quita el abrigo.

-Desde hace un par de años.

-Claro. Otra parte de tu misteriosa vida moderna.

-Mi vida no es misteriosa.

-Has vivido en Valencia sin que yo lo supiera.

-Medio mundo ha vivido en Valencia sin que tú lo supieras.

-Eso no ayuda.

Encuentran una mesa junto a la ventana. Mateo pide café solo y Cassie, después de pensarlo un momento, café con leche sin azúcar. Mateo no comenta nada. Cassie espera. Nada.

-¿No vas a decirlo?

-¿Qué?

-Lo del azúcar.

-No.

-¿Por qué?

-Porque si lo digo, vas a acusarme de estar demasiado pendiente de tu café.

Cassie intenta ocultar una sonrisa.

-Una decisión inteligente.

-Sé tomarlas de vez en cuando.

Cuando llegan las bebidas, hablan primero de cosas sencillas. Mateo le cuenta que su proyecto final es un centro cultural diseñado para recuperar un edificio industrial abandonado. Cassie le pregunta más de lo que esperaba porque, cuando él habla de arquitectura, cambia. Mueve las manos, busca ejemplos en todo lo que tiene alrededor y se olvida de mantener esa actitud tranquila que suele tener detrás de la barra.

-¿Siempre quisiste hacer eso? -pregunta ella.

-¿Arquitectura?

-Sí.

-Casi siempre. Hubo seis meses en los que quería ser fotógrafo.

-¿Cuándo?

-A los dieciséis.

-No cuenta.

-¿Por qué?

-Porque a los dieciséis yo quería vivir en Nueva York y escribir para una revista.

Mateo levanta una ceja.

-Eso explica muchas cosas.

-¿Qué cosas?

- Tu obsesión con comprar cuadernos que nunca terminabas.
- Los cuadernos bonitos no se usan. Se conservan.
- Eso no tiene ningún sentido.

Cassie se ríe. Afuera, la lluvia cae con más fuerza y pequeñas corrientes de agua avanzan entre las piedras de la calle. La luz se ha vuelto azul y gris, pero dentro de la cafetería las lámparas amarillas crean una sensación cálida. La ventana refleja sus caras y, por un momento, Cassie recuerda otras tardes de años atrás, cuando podían pasar horas hablando sin pensar en lo que significaba. Ahora piensa demasiado en todo. Tal vez Mateo también.

Hay pequeños silencios que antes no existían. Instantes en los que uno parece estar a punto de preguntar algo y decide no hacerlo. Miradas que duran medio segundo más de lo normal y después se apartan. Cassie juega con la cucharilla.

-¿Por qué me has invitado?

Mateo la mira.

-¿Necesito una razón?

-No.

-Entonces, ¿por qué preguntas?

-Porque hace cuatro años que no quedamos solos.

Mateo apoya los brazos sobre la mesa.

-Precisamente por eso.

La respuesta es sencilla, pero Cassie nota que algo cambia entre ellos. Ya no están hablando del máster, del café ni de Arquitectura. Están hablando de ellos.

Lo que pasó después

Durante unos segundos solo se oye la lluvia contra la ventana y el sonido de una taza al chocar con un plato en otra mesa. Cassie podría cambiar de tema. Lo ha hecho varias veces desde que volvió. Esta vez decide no hacerlo.

-¿Te enfadaste conmigo cuando me fui? -pregunta.

Mateo no responde inmediatamente.

-No exactamente.

-¿Qué significa eso?

-Que al principio no. Sabía que querías irte y que era importante para ti.

-A Madrid fui mucho después.

-Ya lo sé. Hablo del intercambio.

Cassie baja la mirada. Claro. Antes de Madrid hubo otras ciudades, otras decisiones y aquella primera salida de Salamanca que, en cierto modo, había empezado todo.

-Después seguimos hablando -dice ella.

-Sí.

-Durante bastante tiempo.

-Sí.

Cassie suspira.

-No puedes responder solo «sí» a todo.

Mateo sonríe ligeramente.

-Me estás haciendo preguntas cuya respuesta es sí.

Ella le lanza una mirada seria y él deja de sonreír.

-Hablábamos mucho al principio -continúa Mateo-. Después menos. Tú estabas ocupada. Yo también. Cuando volviste, las cosas ya eran diferentes.

-¿Diferentes cómo?

Mateo mira hacia la ventana. Una mujer corre bajo un paraguas rojo mientras intenta proteger una bolsa de papel de la lluvia.

-No lo sé. Habíamos perdido el ritmo.

Cassie piensa en aquella época. Recuerda mensajes a medianoche, fotografías enviadas desde estaciones y aeropuertos, audios demasiado largos y llamadas que a veces duraban una hora. Después recuerda cómo todo empezó a hacerse más breve. «¿Qué tal?» «Bien, ¿y tú?» «Mucho trabajo.» «Yo también.» Hasta que un día ninguno escribió.

-No hubo una pelea -dice Cassie.

-No.

-Ni siquiera recuerdo cuál fue nuestro último mensaje.

-Yo tampoco.

Eso le parece más triste de lo que debería. Cassie mira sus manos alrededor de la taza.

-A veces pensaba en escribirte.

Mateo levanta la mirada.

-¿Y por qué no lo hiciste?

La pregunta no suena acusadora. Cassie preferiría que lo fuera. Sería más fácil defenderse.

-No sé. Cuanto más tiempo pasaba, más raro parecía.

-Lo entiendo.

-¿Tú también?

-Sí.

Ella sonríe con cansancio.

-Otra vez «sí».

-Esta vez era una respuesta completa.

Cassie se ríe, pero la conversación no vuelve del todo a la ligereza anterior.

-Además... -empieza Mateo.

Se detiene.

-¿Además qué?

-Nada.

-No puedes hacer eso.

-¿Qué cosa?

-Empezar una frase y abandonarla.

Mateo toma un poco de café, aunque probablemente ya está frío.

-Había otras cosas.

Cassie sabe inmediatamente a qué se refiere. No necesita una explicación. La noche antes de que ella se marchara. Una calle casi vacía. Mateo demasiado cerca. Cassie apartándose en el último momento. El recuerdo aparece tan rápido que siente calor en la cara.

-Podemos no hablar de eso hoy -dice Mateo.

Cassie levanta la mirada. Él también lo recuerda. Por supuesto

que lo recuerda.

-De acuerdo.

Ninguno cambia de tema inmediatamente. Dejan que el silencio permanezca unos segundos, como si admitir que existe aquella parte de la historia fuera suficiente por ahora.

Bajo las luces de octubre

Cuando salen de la cafetería, la lluvia ha terminado. La ciudad está húmeda y brillante, y las luces de los escaparates se reflejan sobre las piedras oscuras. El aire es más frío y Cassie se cierra el abrigo hasta el cuello. Mateo se coloca la bufanda mientras mira el cielo.

-No traje paraguas.

-Gran capacidad de planificación.

-No estaba lloviendo cuando salí.

-Estamos en octubre.

-Eso tampoco es un argumento científico.

Empiezan a caminar hacia el centro. No tienen prisa. Las calles se han vaciado un poco y el ruido de sus pasos se mezcla con conversaciones lejanas y el sonido de platos desde los restaurantes. Cerca de una plaza, alguien ha colocado pequeñas luces entre las ramas de unos árboles. Las hojas amarillas brillan durante un segundo antes de caer al suelo.

Cassie siente que la conversación dentro del café debería haber hecho el paseo incómodo. Sin embargo, ocurre lo contrario. Haber mencionado el pasado, aunque solo fuera una parte, parece haber quitado algo de peso a todo lo que no dicen.

-¿Te arrepientes de haberte ido? -pregunta Mateo.

Cassie tarda en contestar.

-No. Creo que necesitaba irme.

-¿Aunque las cosas no salieran como esperabas?

-Sobre todo por eso.

Mateo la mira.

-Eso suena muy adulto.

-No te acostumbres.

Él sonríe. Cassie mete las manos en los bolsillos.

-¿Y tú? ¿Te arrepientes de haberte quedado?

-A veces.

La respuesta la sorprende.

-¿En serio?

-Salamanca me gusta, pero durante un tiempo tuve la sensación de que todos se iban y yo seguía aquí. Después fui a Valencia y descubrí que también podía echar de menos esto.

-Así que volviste.

-Sí.

-¿Para quedarte?

Mateo la mira de lado.

-Ahora me estás robando mis preguntas.

Cassie sonríe.

-Contesta.

-Por ahora, sí.

Por ahora. Cassie reconoce la prudencia de esas palabras porque ella vive dentro de una respuesta parecida. Al llegar a la Plaza Mayor, se detienen. La piedra está iluminada y el suelo mojado refleja las fachadas como si hubiera otra plaza debajo de sus pies. Hay menos gente que durante el día. Una pareja se

hace fotos junto a los arcos y un camarero recoge las sillas de una terraza. Mateo mira el reloj.

-Tengo que abrir mañana temprano.

-Entonces deberías irte.

-Sí.

Pero ninguno se mueve. Cassie siente una pequeña tensión absurda. No sabe si deben despedirse con un abrazo. Antes habría sido automático. Ahora cualquier gesto parece necesitar una decisión. Mateo parece pensar lo mismo. Al final, se acerca y la abraza brevemente. Es un abrazo normal. Amistoso. Demasiado corto para significar nada. Lo bastante largo para que Cassie reconozca su perfume. Cuando se separan, ella evita mirarlo durante un segundo.

-Buenas noches.

-Buenas noches, Cassie.

Mateo empieza a caminar en dirección contraria. Después de unos pasos se vuelve.

-Una cosa.

-¿Qué?

-Era solo un café.

Cassie lo mira, sorprendida.

-¿Perdón?

-Tienes cara de estar dándole vueltas.

-No estoy dándole vueltas a nada.

-Claro.

Ella cruza los brazos.

-Eres insoportable.

-Ya lo habíamos establecido.

Mateo se aleja sonriendo. Cassie espera hasta que desaparece bajo uno de los arcos y luego continúa hacia casa. Era solo un café. Nada más. Eso se repite mientras cruza las calles húmedas, mientras sube los tres pisos y mientras deja el abrigo sobre una silla. Después mira el móvil. Hay un mensaje de Mateo.

Mateo: Gracias por venir.

Cassie sonríe antes de poder evitarlo.

Cassie: Gracias por invitarme.

Mateo: Buenas noches.

Cassie: Buenas noches.

Deja el teléfono sobre la mesa y se acerca a la ventana. Abajo, las luces del Café Libertad están apagadas. El viento arrastra algunas hojas por la calle y la noche tiene ese silencio frío que solo aparece cuando el otoño empieza a instalarse de verdad. Cassie apoya la frente contra el cristal. Solo un café. Quizá. Pero hacía mucho tiempo que algo tan sencillo no le daba tanto miedo.

Ejercicios de vocabulario

1. Completa las frases

1. Mateo decide _____ un plan y le escribe a Cassie para tomar algo.
2. Cassie _____ la invitación, aunque intenta restarle importancia.
3. Antes de salir, Cassie empieza a _____ porque no sabe qué ponerse.
4. Durante el café, ambos intentan _____ algunos temas difíciles.
5. Cassie decide _____ el tema de por qué dejaron de hablar.
6. Mateo se _____ cuando recuerda la última noche antes de que Cassie se fuera.
7. Ninguno quiere _____ demasiado pronto sobre lo que significa la reunión.
8. Al despedirse, Cassie _____ la mirada durante unos segundos.
9. Mateo le dice que era solo un café porque sabe que ella va a _____ al asunto.
10. Los dos intentan _____ que todavía quedan cosas del pasado por hablar.

2. Relaciona

1. quedar con alguien
 2. restarle importancia a algo
 3. romper un silencio
 4. sacar conclusiones
 5. darle vueltas a algo
 6. dejar algo claro
- a. pensar repetidamente en un asunto
 - b. empezar a hablar después de un momento sin conversación
 - c. hacer que algo parezca menos importante
 - d. llegar a una idea a partir de cierta información
 - e. acordar verse con una persona
 - f. explicar algo para que no haya dudas

3. Verdadero o falso

1. Mateo invita a Cassie a tomar algo en Café Libertad.
2. Cassie tarda más de lo normal en elegir su ropa.
3. Mateo llega tarde a la Plaza de Anaya.
4. Cassie y Mateo hablan por primera vez de cómo perdieron el contacto.
5. Cassie recuerda perfectamente cuál fue su último mensaje antes de dejar de hablar.
6. Mateo menciona que había otras cosas entre ellos además de la amistad.
7. Cassie dice que se arrepiente de haberse ido de Salamanca.
8. Al final de la noche, Mateo y Cassie se besan.

4. Elige la opción correcta

1. Cassie considera que la reunión: a) es claramente una cita; b) es solo una reunión de trabajo; c) puede ser un café entre antiguos amigos, aunque le da demasiadas vueltas.

2. Mateo eligió otra cafetería porque: a) Café Libertad estaba cerrado; b) le parecía absurdo llevarla al negocio de su familia; c) Cassie se lo pidió.

3. Cuando hablan del pasado, ambos reconocen que: a) tuvieron una gran pelea; b) perdieron el contacto poco a poco; c) Mateo decidió no volver a hablar con Cassie.

4. Mateo dice que en algún momento sintió que: a) todos se iban mientras él permanecía en Salamanca; b) odiaba estudiar Arquitectura; c) quería mudarse a Madrid.

5. La frase «Era solo un café» muestra que Mateo: a) no disfrutó de la tarde; b) sabe que Cassie probablemente está pensando demasiado en lo ocurrido; c) quiere dejar de verla.

5. Responde con tus propias ideas

1. ¿Cuándo una reunión entre dos antiguos amigos puede empezar a parecer una cita?
2. ¿Por qué crees que Cassie y Mateo evitaron hablar durante años aunque ninguno estaba enfadado?
3. ¿Es más difícil resolver una pelea o una relación que simplemente se fue apagando?
4. ¿Crees que Mateo y Cassie están siendo sinceros cuando dicen que fue «solo un café»?
5. ¿Qué crees que ocurrió la noche antes de que Cassie se marchara?

Respuestas

Ejercicio 1

1. proponer
2. acepta
3. ponerse nerviosa
4. evitar
5. sacar
6. queda en silencio
7. sacar conclusiones
8. evita
9. darle vueltas
10. dejar claro

Ejercicio 2

1-e

2-c

3-b

4-d

5-a

6-f

Ejercicio 3

1. Falso
2. Verdadero
3. Falso
4. Verdadero
5. Falso
6. Verdadero
7. Falso
8. Falso

Ejercicio 4

1-c

2-b

3-b

4-a

5-b

Ejercicio 5

Respuestas libres.

Capítulo 5. La vida que no conoces



Un sábado de octubre

El sábado amanece cubierto de nubes bajas. No llueve, pero el cielo tiene un color gris claro que parece anunciar agua para cualquier momento. Desde temprano, el viento empuja las hojas por la calle y las hace girar alrededor de las farolas. Algunas se quedan pegadas a los adoquines todavía húmedos de la noche anterior; otras entran por las puertas abiertas de las tiendas y obligan a los dependientes a salir con una escoba.

Cassie pasa la mañana con Nora en la biblioteca. Han quedado para estudiar, aunque durante la primera media hora hablan más de sus vidas que del trabajo que tienen que entregar. Nora trae dos cafés y una bolsa de galletas, y Cassie empieza a pensar que probablemente podrán ser amigas. Hay algo fácil en ella. Hace preguntas, pero no obliga a responder. Habla mucho, aunque sabe reconocer cuándo la otra persona necesita silencio.

A mediodía consiguen terminar una parte importante del trabajo. Cuando salen de la biblioteca, el aire está más frío. Nora se envuelve mejor en su bufanda y mira el cielo.

-Va a llover.

-Eso llevo pensando desde que me he levantado.

-¿Tienes paraguas?

-No.

-Perfecto. Veo que estás preparada para vivir aquí.

Cassie sonríe. Caminan juntas hasta una esquina y se

despiden. Nora va a comer con su hermana, que ha venido a visitarla, y Cassie decide volver andando. No tiene ningún plan para la tarde y la idea le resulta agradable.

Durante los últimos días ha tenido demasiadas cosas en la cabeza: el máster, las cajas, la ciudad, Mateo y, sobre todo, el café del viernes. Ha intentado convencerse de que no ocurrió nada especial. Hablaron. Recordaron algunas cosas. Se abrazaron al despedirse. Eso es todo. Aun así, esa mañana se ha sorprendido pensando dos veces en la forma en que Mateo dijo que había «otras cosas» entre ellos. Cassie mete las manos en los bolsillos y acelera el paso. No piensa pasar todo el fin de semana analizando una frase de cinco palabras.

Una invitación inesperada

Cuando llega a su calle, Café Libertad está lleno. A través de la ventana ve casi todas las mesas ocupadas y a dos camareros moviéndose deprisa entre la barra y la terraza. Mateo no está a la vista.

Cassie sube al apartamento, deja los libros y prepara algo sencillo para comer. Después abre una caja que lleva varios días evitando. Contiene ropa de invierno, dos mantas y objetos que no recordaba haber guardado. Durante casi una hora organiza el armario y coloca una de las mantas sobre el sofá. El piso se ve cada vez menos temporal. A las cuatro y veinte recibe un mensaje.

Mateo: ¿Tienes planes esta noche?

Cassie se sienta en el brazo del sofá.

Cassie: Depende.

Mateo: ¿De qué?

Cassie: De tus planes.

Mateo: Unos amigos van a tomar algo. Puedes venir si quieres.

Cassie lee el mensaje dos veces. No es una invitación a quedar solos. Debería ser más sencillo que el café del viernes. Curiosamente, no lo parece.

Cassie: ¿Qué amigos?

Mateo: Algunos de la universidad y gente que conoces.

Cassie: Eso suena peligrosamente poco específico.

Mateo: Ven y lo descubrirás.

Cassie: Gran campaña publicitaria.

Mateo: A las ocho. Bar Niebla.

Cassie conoce el sitio. O, mejor dicho, conocía un bar con ese nombre cerca del centro. No sabe si sigue siendo el mismo.

Cassie: Vale.

Mateo: ¿Vale de verdad o vale como ayer cuando tardaste cinco minutos en aceptar un café?

Cassie: Estaba ocupada.

Mateo: Claro.

Cassie: Hasta luego.

Deja el teléfono sobre la mesa y continúa doblando un jersey. Esta vez no dice en voz alta que no es una cita. Técnicamente no puede serlo. Habrá más gente. Eso debería ayudar. No ayuda.

La mesa del fondo

A las ocho, Salamanca ya está completamente oscura. Una lluvia fina ha empezado a caer y las calles reflejan las luces de los bares, las tiendas y los balcones. Cassie camina bajo un paraguas que finalmente ha comprado esa tarde. El aire huele a humedad, castañas asadas y humo de alguna chimenea cercana. En las terrazas quedan pocas personas, todas protegidas bajo calefactores y mantas, mientras dentro de los locales las ventanas se cubren de vapor.

Bar Niebla está en una calle estrecha y conserva el mismo letrero de madera que Cassie recuerda. Dentro hay música, conversaciones y un calor que la obliga a quitarse inmediatamente el abrigo. Mateo la ve desde una mesa grande al fondo y levanta la mano.

-Cassie.

Ella se acerca. Reconoce a dos personas casi inmediatamente. Dani estudiaba con Mateo y sigue llevando unas gafas redondas que Cassie recuerda perfectamente. Lucía, que estaba en otra facultad, tarda unos segundos en reconocerla y después se levanta para abrazarla.

-No me lo puedo creer. ¿Cuándo has vuelto?

-Hace menos de una semana.

-¿Y nadie me ha dicho nada?

Dani señala a Mateo.

-Culpa suya.

-Yo no soy un servicio de noticias -responde Mateo.

Las primeras conversaciones son fáciles. Cassie se pone al corriente de matrimonios, cambios de trabajo, mudanzas y amigos que ahora viven en otras ciudades. Algunas historias le resultan familiares y otras no significan nada para ella. Varias veces alguien empieza una anécdota con «¿Te acuerdas de...?», y Cassie descubre que sí se acuerda. Entonces llega una chica que Cassie no conoce.

Tiene el pelo oscuro, largo y brillante, un abrigo verde y una seguridad tranquila que hace que parezca conocer perfectamente a todo el mundo. Se acerca directamente a Mateo y le pone una mano en el hombro.

-Perdón. He tardado una eternidad.

Mateo levanta la vista.

-Irene. Por fin.

-¿Me has echado de menos?

-No especialmente.

Ella le da un pequeño golpe en el brazo y se sienta a su lado. Cassie observa la escena durante medio segundo. Después mira su vaso. Nadie la ha presentado todavía, pero no hace falta ser especialmente imaginativa para notar la confianza entre ellos.

Irene

Unos minutos después, Mateo parece recordar que Cassie e Irene no se conocen.

-Cassie, ella es Irene.

-Hola -dice Irene con una sonrisa-. Por fin.

Cassie parpadea.

-¿Por fin?

Irene mira a Mateo.

-¿No puedo decirlo?

-No sé qué vas a decir.

-Eso significa que sí puedo.

Mateo suspira.

-Irene.

Ella vuelve a mirar a Cassie.

-He oído tu nombre alguna vez.

La frase es inocente. Probablemente. Cassie sonríe.

-Espero que nada demasiado malo.

-Nada que pueda contar delante de él.

Mateo niega con la cabeza.

-No le hagas caso.

Irene sonríe otra vez y empieza a hablar con Lucía. Cassie intenta concentrarse en la conversación general, pero ahora es consciente de cada pequeño gesto entre Mateo e Irene. Ella le roba una patata del plato. Mateo le aparta la mano sin enfadarse.

Irene conoce el nombre del profesor que dirige su proyecto. Sabe que el padre de Mateo tiene una revisión médica el lunes. También sabe que Mateo perdió las llaves del coche la semana anterior y se burla de él por haberlas encontrado dentro de una bolsa de supermercado. Cassie no siente celos. La idea aparece con tanta rapidez que casi resulta cómica.

No tiene ningún derecho a sentirlos. Mateo y ella no son pareja. Ni siquiera sabe exactamente qué son ahora. Antiguos amigos que han empezado a hablar otra vez. Dos personas con una historia incompleta. Nada más. Además, Irene podría ser simplemente una amiga. Una amiga muy cercana. Una amiga muy guapa. Cassie bebe un poco.

-¿Todo bien? -pregunta Dani.

-Sí. ¿Por qué?

-Estás mirando tu vaso como si te hubiera insultado.

Cassie se ríe.

-Estoy cansada.

La respuesta parece suficiente. La conversación cambia hacia viajes. Irene cuenta una historia sobre un fin de semana en Oporto y Mateo la corrige dos veces en detalles pequeños. Han estado allí juntos, comprende Cassie. No sabe cuándo. No sabe con quién más. No sabe prácticamente nada.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.